

sianos. La casa de Orange tomó el título de real, dando una constitucion en la cual procuraba fundir dos pueblos diferentes en origen, idioma y culto. Inglaterra, en compensacion de Esquebia, Demerary y Berbice, que le habian sido cedidas por Holanda, reforzó las fronteras de este país con una línea de fortalezas; quedando solamente sujetas á los Holandeses las colonias de Surinam, Curaçao, San Eustaquio, San Martin, Batavia, Banca, y las Molucas, que les habian sido devueltas.

Austria. Austria se habia mostrado la mas pertinaz, y en una lucha casi incesante de ventidos años no habia reparado en sacrificios, ni en gastos, ni en naturales afectos, inmoldando sobre el altar del conquistador su dignidad, sus pueblos y hasta su sangre; la última siempre para retirarse del campo; siempre en la paz preparándose para la guerra, y en las alianzas con el enemigo espiondo las ocasiones de hacerle traicion. Pareció, pues, justo que por resultado de tantos esfuerzos se engrandeciese su imperio. De la Prusia, su antigua rival, se hizo una aliada (1); se despojó del manto imperial que para ella habia llegado á ser una carga, y bajo un título pomposo reunió sus provincias, compuesto eventual de partes heterogéneas. Ya en 1778 habia intentado cambiar por la Baviera la Bélgica, posesion lejana, de pocos productos y difícil defensa, que en un año de guerra le costaba mas de lo que producía en diez; así que no perdió nada con perderla; y viendo que se le impediría dilatar su territorio en Alemania, y no agradándole extenderse hacia Oriente, donde su sistema patriarcal habia contribuido á librar á los pueblos de la barbarie, dirigió sus miras á Italia, y obtuvo en ella un reino extenso, floreciente, poderoso.

Italia. En la Revolucion, la Italia, con su consentimiento ó sin él, habia sufrido una refundicion tanto en política como en ideas. Napoleon habia desmembrado imprudentemente pueblos unidos por los vínculos de patria y de idioma, y constituido un reino, que aislado de Francia, no podia ser gobernado sino por medio de intrigas, y que carecia de porvenir; porque, ó débil sería absorbido por Francia, ó fuerte absorbería el resto del país del cual se habia desprendido. Sin embargo, sin los actos de violencia cometidos

(4) La union de Austria, Prusia y Rusia, que despues llegó á ser el fundamento de la paz de treinta años, á contar desde 1815, fué considerada por los grandes políticos como el hecho mas monstruoso é imposible. El Silesiano Gentz, uno de los hombres mejor informados, que escribia en 1814 los protocolos de Austria, y despues sus periódicos hasta que murió en 1832 desesperanzado del triunfo de su causa, decia en 1801, á propósito de la liga de 1772: « Esta union transitoria de Austria, Prusia y Rusia era un fenómeno singular, producto del concurso de circunstancias extraordinarias auxiliado por el genio de uno de los mas grandes hombres, y que salia de la esfera de los cálculos ordinarios de la política. De tales fenómenos no se debe hacer cuenta, pues que exceden del círculo de la ciencia y manifiestan la insuficiencia propia; ni podría reproducirse en muchos siglos semejante combinacion, cuya duracion seria contraria á la naturaleza de las cosas y al orden necesario de todas las relaciones políticas. » (*État de la France à la fin de Pan VIII.*)

con el papa, Napoleon habria podido reducir la península á tres Estados confederados entre sí, que no tenian interes en ofender á los demas y cuya independencia habrian bastado para asegurar las rivalidades entre Austria y Francia. Pero le faltó el valor para dar este gran paso hacia la unidad. Despues los Italianos, lisonjeados por los reyes en su deseo eterno de independencia, vieron la posibilidad de lograrlo en la union popular y en sus aumentos de fuerza y de industria; pero cuando llegó el momento de obrar, creyeron en promesas ajenas mas que en sus propios brazos y sucumbieron (1).

En aquella refundicion de países desaparecieron algunos Estados, otros se redondearon; destruyéronse las repúblicas, y se trató peor á las que ménos lo habian merecido. Si la legitimidad proclamada hubiese tenido en cuenta el interes de los pueblos, y no se hubiese limitado á mirar exclusivamente por el de los reyes, Venecia, á quien no podia culparse de haber favorecido á Napoleon, habria debido recobrar su independencia; pero en vez de esto, fué adjudicada al Austria con la Lombardia, que habia sido suya, y con la Valtelina. Por tanto Austria, que en el siglo anterior no tenia en Italia mas que el Milanesado separado de sus otras posesiones hereditarias, se encontró con un reino de cinco millones de habitantes y 84.000.000 de renta; con Venecia y trescientas millas de costa marítima; con bosques y hombres á propósito para la armada; abiertos por un lado la Suiza y el Piamonte, mal guardado por el Tesino; asegurado por el otro el paso del Po con las guarniciones de Ferrara, Plasencia y Comacchio; unidas sus provincias á las transalpinas por el Friul y la Valtelina, y pudiendo bajar á Italia, no ya tan solo por el Tirol, sino por cuantos valles hay desde el Adda hasta el Isonzo. En vez de la sola fortaleza de Mantua que inspiraba poca seguridad, se hallaban ya cubiertas sus posesiones por las líneas del Mincio y del Adigio; Legnago, ántes perdida en las llanuras, llegaba á ser un importante eslabon entre Mantua y Verona, y esta última podia ser convertida al primer aviso en campo atrincherado teniendo á sus espaldas todas las reservas y depósitos del Estado. Austria, colocando á parientes suyos en los tronos de Toscana, Mó-

(1) El 20 de marzo de 1815 lord Castlereagh, plenipotenciario de Inglaterra en el congreso de Viena, interpelado en el parlamento sobre el mercado de pueblos que se habia celebrado por los reyes, respondió: « Que la intencion de estos habia sido establecer un sistema bajo el cual los pueblos pudiesen vivir en paz entre sí, y por lo tanto no resucitar aquellos sistemas caídos cuyo restablecimiento pudiera poner en nuevo peligro á Europa... La Italia, dijo, no ha hecho nada para sacudir el yugo frances; por tanto no podia ser considerada sino como país conquistado, y fué preciso cederla al Austria, para que esta potencia quedase estrechísimamente unida con nosotros. Las preocupaciones de los pueblos no merecen ser tenidas en cuenta, sino cuando no se oponen al objeto de autemano establecido. Ahora bien, habiéndose obligado las potencias confederadas en el tratado de París á defender la seguridad de Europa, esta seguridad general nos precisaba á violentar los sentimientos de los Italianos. »

dena y Parma, se aseguró la influencia sobre la Italia Central. Sin embargo, en los países italianos se habian difundido durante la dominacion francesa ideas poco conciliables con el sistema de Austria; por lo cual debia costar á esta gran trabajo satisfacerlas ó reprimirlas.

La dinastía toscana por ser austriaca, aunque compensada en otro tiempo con grandes posesiones en Alemania, recobró su antiguo territorio, agregándole, además del principado del Piombino y de los feudos imperiales, aquellas fortalezas de guarnicion y la parte de la isla de Elba que tanto habian costado á Nápoles. Queriéndose dar un trono á la viuda del vivo Napoleon, se le adjudicaron por toda su vida los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla; injusticia grande en daño de los Borbones de España y mas en perjuicio todavía de los pueblos destinados á tener un gobierno vitalicio. Esta injusticia indujo á cometer otras: Luca reclamó en vano su antigua libertad, y porque los Alemanes la habian ocupado sin derecho por algun tiempo, fué adjudicada como posesion temporal al antiguo rey de Etruria, el cual á la muerte de María Luisa debia dejarla á la Toscana para heredar á aquella en los ducados de Parma y Plasencia (1).

La casa de Saboya, que se habia mostrado contraria á la Revolucion, no obstante lo que le aconsejaba su propio interes, conservó todos sus dominios de este y del otro lado de los Alpes, cediendo solamente una frontera á la Suiza; y á pesar de los clamores del patriotismo municipal se agregó á Génova (2), con la obliga-

(1) Segun un artículo adicional y separado del 20 de mayo de 1815, en el caso de que el ducado de Parma fuese á manos de Austria, la ciudad y fortaleza de Plasencia con un territorio determinado pasaria al dominio del rey de Cerdeña. Pero el 28 de noviembre de 1814 se estipuló en Florencia entre los duques de Luca y Módena, el gran duque de Toscana, el rey de Cerdeña y el emperador de Austria un cambio de diversas partes del territorio para mejor redondear los respectivos Estados cuando pasase el ducado de Luca á la Toscana, y los de Parma y Plasencia al infante de España. Segun este tratado, la Toscana deberia conservar los vicariatos de Barga y Pontremoli, Bagnone y las tierras inmediatas á la Lunigiana; el duque de Parma cederia entonces al de Módena el ducado de Guastalla y la lengua de tierra del territorio de Parma que está á la derecha del Enza. El emperador reconocia la cesion del ducado de Guastalla, y trasferia el derecho de reversibilidad que tenia sobre este territorio y sobre el del otro lado del Enza al distrito de Pontremoli y al resto de la Lunigiana, cedidos al duque de Parma. Si el ducado de Parma llegase á recaer en Austria, el emperador cederia al rey de Cerdeña la dicha parte de la Lunigiana y los distritos extensos de Treschietto, Villafranca, Castelvi y Malazzo en vez de la ciudad y fortaleza de Plasencia.

(2) « Los Genoveses hicieron presentes los daños que ocasionaria la reunion de pueblos tan contrarios y discordantes, entre sí como los Ligurios y Subalpinos (*carta de Pareto á lord Castlereagh*, 11 de mayo de 1814); y pidieron que en vez de esta union se les diera un soberano pariente de las angustas familias reinantes en Europa, con tal que fuese independiente, pues estaban demasiado recientes y profundamente impresos en los ánimos los males que habia ocasionado la dominacion extranjera. »

(Nota de Serra al congreso de Viena.) La discusion tuvo lugar entonces en el parlamento inglés. La oposicion estaba por los derechos, y el gobierno por los hechos y las conveniencias. Es una de las mas importantes sobre la política y los derechos de las naciones. Puede verse un extracto de ella en Sclopis, *Delle relazioni politiche tra la dinastia di Savoia e il governo britannico*. Turin, 1833.

cion de conservar en ella un puerto franco y ciertos derechos. Tal vez las altas potencias esperaban que la vendida República se comoveria bajo el yugo subalpino, y no llegaria jamas á fundirse con los Piamonteses, ocasionando dificultades irresolubles. Así se queria robustecer al centinela de los Alpes contra los dos colosos confinantes, pero no tanto que pudiese constituir la única dinastía italiana. Módena fué devuelta á María Beatriz, última descendiente de la casa de Este, la cual la traspasó á un Austriaco.

Largamente se disputó respecto de los Estados del papa, hasta que las potencias convinieron en considerar al pontífice como si jamas se hubiera hallado en estado de guerra, y por consiguiente como si no se hubiese concluido el tratado de Tolentino. Así se resolvió reconocer la integridad de los Estados Pontificios sin excluir las posesiones segregadas de Benevento y Pontecorvo, si bien la Francia retuvo á Aviñon, y Austria (á pesar de las protestas del pontífice que por lo mismo no firmó el tratado de Viena) no quiso desprenderse del derecho de guarnicion sobre Ferrara y Comacchio, con lo cual tenia un pié al otro lado del Po. Pero ¿acaso el pontificado depende de la voluntad de los hombres de espada? La espada puede hoy ó mañana desposeerlo, y sin embargo la cuestion de su existencia quedaria intacta.

Los Borbones de Nápoles con el rigor y con las armas habian perseguido por espacio de veinte años á las personas y á las ideas revolucionarias; sin embargo, no consiguieron ni aun el reino de Nápoles hasta que la tentativa frustrada de Murat lo puso en sus manos. Entonces la tierra firme fué unida á la Sicilia, pero sin los aumentos que se habian dado á todos los demas príncipes. Solamente parece cierto que se les prometieron las Marcas, conservando el Austria las cuatro Legaciones de la Romania; pero no queriéndose turbar la vejez del papa, se tuvo secreto este acuerdo hasta su muerte, y cuando esta se verificó, se supieron eludir las esperanzas sicilianas. Nápoles perdió las fortalezas de Toscana, Piombino y parte de la isla de Elba que habia poseído durante tres siglos, y que pasaron al dominio de los Austriacos de Toscana; sin embargo, el reino de las Dos Sicilias continuó siendo un gran cuerpo que (cuando se extingan las rivalidades de país) podrá pesar en la balanza no solo de Italia, sino de Europa.

Sobre las islas Jónicas podia fundar pretesiones la Rusia; pero el desinterés de Alejandro ó los celos de sus amigos hicieron que fuesen reconocidas como república bajo el protectorado de Inglaterra, la cual tiene en ellas guarnicion y un lord comisario, y nombra el presidente del Senado. Así el pueblo, que vive puramente del comercio, fué adjudicado á una nacion eminentemente industrial.

Por tanto el feudalismo cesó de existir como derecho público europeo; los príncipes de Ale-

Estados del papa.

Dos Sicilias.

mania y los cantones suizos fueron iguales entre sí; las repúblicas de la edad média desaparecieron, á excepcion de unas pocas que se habian modificado; se reconocieron los hechos consumados, y se garantizaron los derechos adquiridos en la Revolucion. La órden de Malta pereció tambien, y aunque despues los reyes la resucitaron, fué solamente por ostentacion nobiliaria, y dejando á sus individuos aislados é incapaces del bien que, conformándose con el espíritu de los tiempos, podrian haber hecho en su pequeña isla. Entónces se sometieron tambien nacionales á extranjeros, republicas á reinos; nada se estableció respecto del clero ni del ejercicio de la autoridad del pontífice; la Bélgica católica fué agregada á la Holanda calvinista; á la Prusia protestante se unieron los antiguos electores eclesiásticos, y la católica Polonia pasó al dominio de la Rusia cismática. El parlamento inglés tronó contra aquella arbitraria distribucion de pueblos, á quienes se quitaban los príncipes amados para someterlos á nuevos dominadores como habria hecho Napoleon, y no por miras de grande utilidad pública, sino por satisfacer pretensiones ó indemnizaciones personales, con mengua de las palabras dadas, reduciendo la paz de Europa á cálculo de números mas que de simpatía y de conveniencia. Los políticos sutiles preguntaban desde luego por qué no se habian puesto en práctica los principios proclamados; por qué se habia separado la legitimidad de las dinastías de la legitimidad de las naciones; por qué se habian unido Suecia y Noruega, Bélgica y Holanda; por qué no se habian restablecido las repúblicas de Génova y Venecia cuando el pretexto para su ocupacion habia cesado al perder la Francia sus conquistas; por qué se habia dejado á la Sajonia el nombre de reino para despues desmembrarla; por qué, en fin, no se reconstituía la Polonia. Habíase, pues, convertido el ódio y la venganza contra la gloria en planes y proyectos políticos; los reyes se mostraban temerosos de los peligros pasados, pero imprevisores respecto de los futuros, y sus tratados eran efecto de la posicion en que se encontraban entre el miedo pasado y la ambicion presente, entre el deseo de cumplir promesas lisonjeras y la voluntad de conservar el poder absoluto.

Nada se estableció respecto de la Turquía, víctima predestinada, y de la cual entretanto se dejó que se separase la Grecia, ya madura para nuevos destinos. Nada se proveyó tampoco en cuanto á las colonias de la América Meridional, aunque todas se hallaban sublevadas, con las cuales podrian haberse hecho buenos tratados de comercio, evitando tantos estragos, abriendo un asilo á los muchos que con la paz quedaban desocupados, sustituyendo el espíritu mercantil al militar, y enriqueciendo á España por el medio que de otra manera debia acabar de arruinarla.

Una Revolucion comenzada por la democracia dejaba al terminar debilitados los Estados elec-

tivos y los gobiernos populares, y consolidadas las monarquías, y un imperio que á todos habia postrado, terminaba por el engrandecimiento de sus enemigos. Merced á Napoleon se halló el Austria señora del Adriático; el Piamonte del mar de Liguria; del Rhin la Prusia, á la cual Buonaparte habia ofrecido las Ciudades Anseáticas y dádole el Hannóver por ódio á la Inglaterra; á la Rusia le habia dado la Finlandia, esto es, el Báltico, y á la Inglaterra la ocasion ó el pretexto para predominar sobre todos sus rivales.

Antes de la Revolucion los Estados europeos se mantenian entre sí en equilibrio: Francia competia con Inglaterra, y sus triunfos se compensaban en Europa y en las colonias; Austria por causa de Bélgica estaba bajo la dependencia de Francia, bajo la de Prusia en Alemania y bajo la de Turquía y Rusia hácia Oriente; estas dos últimas potencias se tenian mutuamente á raya, lo mismo que la Suecia y la Dinamarca, y á la Rusia imponia tanto respeto la Finlandia que la soberbia Catalina llegó á temer la indignacion de Gustavo III. Pero despojados los débiles, no quedaron mas que los colosos; la nacion que mas habia adquirido se quedó sin nada, y se engrandecieron los que mas habian perdido.

Pero si la Francia no podia ya infundir miedo, mermada, envilecida, inerme y ocupada como estaba, otras potencias amenazaban á su vez turbar el sosiego de Europa. Mientras Austria y Prusia dirigian todos sus esfuerzos á defenderse contra la posicion geográfica y las inclinaciones de sus pueblos, Rusia é Inglaterra se hacian gigantes. La primera, habiendo pasado el Vistula, tocaba con Alemania, mal guardada por la desmembrada Sajonia; veíase á pocas jornadas de Dresde, de Berlin, de Viena, y podia escoger sus enemigos en Asia ó en Europa; al paso que Inglaterra no pudiendo por su situacion extender su territorio, ocupaba posiciones que le aseguraban el cetro de los mares.

Así, pues, al poder mortal de Napoleon reemplazaron dos potencias inmortales, una que quiere la supremacía marítima, otra que aspira á someter la Europa á la ley del sable; potencias que ora se unen, ora se separan, guiadas por ideas distintas de las de la justicia, amenazando á los países europeos con dos géneros diferentes de esclavitud.

Y sin embargo, obrando así se pretendia restaurar lo pasado y restablecer el equilibrio, y para esto se sacrificaron derechos antiguos, soberanías históricas, intereses morales y religiosos. Pero soberanos y ministros se reunian, no para discutir principios, sino para proveer á casos prácticos, encontrándose entre el deseo de cumplir las promesas hechas y la necesidad de restablecer un órden cualquiera. Las grandes dificultades que ofrecia el cumplir los ofrecimientos hechos durante el conflicto; la necesidad de afianzar por entónces la paz, primer deseo del mundo; el miedo á Francia, y aun podemos añadir la osadía que daba una victoria

tan superior á lo que se habia esperado, hicieron que á pesar de las excelentes intenciones que se llevaban al congreso, no resultase de sus conferencias mas que una reforma de circunstancias, contra la cual habian de reclamar despues príncipes y pueblos, sucesos y doctrinas (1).

CAPÍTULO XVII

Los Negros. — Los Berberiscos.

¿Quería esta alianza merecer el título de santa? Bien habria podido merecerlo aboliendo la esclavitud, ya de los Negros en las colonias, ya de los blancos en las costas de Berbería. ¿Qué objeto mas noble para unir á todos los ejércitos de Europa que el de vindicar á la humanidad ultrajada?

Ya hemos visto (2) que la necesidad de usufructuar los países tropicales puso funestamente en contacto á los blancos con los Negros. Los cuáqueros fueron los primeros que proclamaron en Inglaterra la libertad de los Negros en nombre de la religion, y que la llevaron á cabo en sus colonias. Guillermo Roscoe, á quien Italia debe la historia de Leon y Lorenzo de Médicis, alzó su voz en 1781 contra aquel mercado de sangre. El metodista Wilberforce, habiéndose constituido en órgano de las almas compasivas y de los hombres pensadores, se propuso como objeto supremo de toda su vida la abolicion del comercio de Negros por medio de las ideas religiosas independientemente de las políticas, y entró en relaciones con los personajes ilustres de todo el mundo para convertir á los colonos de Santo Domingo y de la Australasia. Al mismo tiempo se formó en Paris una sociedad de *Amigos de los Negros*, en la cual entraron Mirabeau, La Fayette, Condorcet, Brissot y Gregoire.

Pero no basta conmovier, es preciso determinar y promover la accion de aquellos á quienes se conmueve, y Fox vino al auxilio de los nuevos apóstoles con planes mas mundanos y eficaces, interesando en ellos la justicia y la dignidad humanas. Pitt, entónces ministro, vaciló, y cada vez que se presentaba en el parlamento la proposicion para la abolicion de la trata, pedía su aplazamiento de un año para otro, pues el comercio de Negros que hacian los Ingleses era muy lucrativo á causa de los privilegios de que gozaba Inglaterra por su preponderancia en los mares. Pero cuando á la Revolucion francesa respondió la sublevacion de los Negros de Santo Domingo, Pitt se erigió en apóstol de la filantropía. Lo acusan de haber puesto la mira en la política y en el interes de Inglaterra proclamando la igualdad de las razas para hacer mas absoluta y terrible la separacion

(1) Los gastos del congreso fueron costeados por Austria é importaron 40.000.000 de francos. La mesa imperial costaba 300.000 francos al dia.

(2) Véase tomo IV, pág. 704 y siguientes.

de aquella colonia de Francia, y aun hoy mismo se atribuyen motivos egoístas á los esfuerzos que hace Inglaterra para destruir el tráfico de esclavos: ¡feliz la nacion cuyo interes se identifica con el de la humanidad!

Pitt, en un admirable discurso de dos horas, pintó al parlamento los horrores del tráfico, el estado de la poblacion, el trabajo de los libres comparado con el de los esclavos, los medios de suplir á este y de multiplicar la poblacion y las producciones con el libre cultivo. « ¿Por qué se trata de abolir, decia, el comercio de Negros? » Por que es una injusticia irreparable. El argumento vale, pues, cien veces mas para una abolicion inmediata que para la abolicion gradual. Si la iniquidad de este comercio debe algun dia hacerlo abolir, ¿por qué no en este instante? ¿por qué dejar que una injusticia dure una hora mas? Todos están convencidos de la iniquidad de este tráfico; pero algunos lo están igualmente de que jamas habria comenzado sin una irresistible necesidad, y tranquilizan su conciencia con poner este mal á cargo de la Providencia. No; no hay mal necesario mas que aquel que no puede evitarse sin un mal mayor. Ahora bien, yo no puedo imaginarme peor mal que el de arrancar todos los años sesenta ú ochenta mil personas de su patria por medio de los esfuerzos combinados de las naciones mas civilizadas, y bajo la sancion de las leyes del país que se llama el mas libre y venturoso de todos. Aunque esos infelices fuesen culpados de algun enorme crimen, ¿nos tocaria á nosotros el oficio de verdugos?... Pues aun es peor lo que hacemos; pues que los inducimos á vender á sus hermanos, á proporcionarse con correrías, con guerras injustas, con sentencias inicuas, un número de víctimas que crece en proporcion de nuestra demanda. Las guerras de África ¿se hacen para ellos, ó para nosotros? Las armas inglesas puestas en las manos de los Africanos son las que propagan en aquella tierra la desolacion. »

Y despues de haber refutado los sofismas harto conocidos que se alegan en favor de este tráfico, añadió: « Hubo un tiempo en que se hicieron sacrificios humanos en esta nuestra isla, traficándose en esclavos casi del mismo modo que se trafica ahora con los Africanos. El adulterio, la hechicería, las deudas proveyan de esclavos el mercado de Roma; agregábanse á estos los prisioneros de guerra y algunos infelices que habiendo disipado todo su haber en el juego, jugaban hasta su libertad y la de su mujer y la de sus hijos. Tales son tambien una por una las causas que se indican como origen de la esclavitud en África, y estas y algun sacrificio humano constituyen la pretendida prueba de que el África, por su naturaleza, no es susceptible de civilizacion, y de que la Providencia la ha condenado irrevocablemente á ser un semillero de esclavos en beneficio de los Europeos »